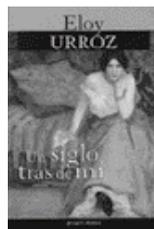


El secreto callado

Sobre *Un siglo tras de mí* de Eloy Urroz

Jorge Avilés-Diz



La espera ha sido larga, pero sin duda ha merecido la pena. Tras *Las almas abatidas* (Nueva Imagen, 2002) Eloy Urroz regresa al panorama literario más actual con *Un siglo tras de mí*, sin duda la mejor y la más ambiciosa de cuantas novelas han salido hasta la fecha de la pluma del escritor mexicano.

La novela de Eloy Urroz es proclive a varias lecturas. La primera sería, obviamente, la historia de amor y deseo que vive la protagonista y que constituye el elemento que otorga a la novela su carácter transgresor: la historia de amor de la profesora con un alumno adolescente, la iniciación sexual de éste y las consiguientes reflexiones que directa o indirectamente la novela va a provocar en el lector: ¿dónde están los límites del amor? ¿Quién puede poner límites legales, éticos, sociales, morales o religiosos al amor? Pero, más allá de la transgresora

historia de amor que vive Silvana, *Un siglo tras de mí* es el viaje por todo ese siglo de historia familiar que provoca la obsesiva búsqueda de identidad de la protagonista, Silvana Forns Nakash, una mexicana de origen judío nacida en los Estados Unidos, y es también un viaje por los últimos cien años de la historia contemporánea en general y de México en particular: la Revolución de 1910, las revueltas campesinas, la llegada de Porfirio Díaz, el conflicto entre Villa y Carranza, la figura de Álvaro Obregón o, incluso, aquellos acontecimientos que el lector vive de primera mano por medio de una Silvana que regresa a México cuando tiene catorce años, como el terremoto que asoló y destruyó parte de la Ciudad de México en 1985. Ese viaje llevará implícita una reflexión sobre la situación política y social de México y sobre el problema de la identidad personal y nacional,

el tema de la mexicanidad, qué significa en realidad ser mexicano, un concepto que Silvana heredará de su padre —el escritor miembro del grupo *Sur* que un día decide dejar de escribir— y que aparece de alguna forma anticipado en la cita de Carlos Fuentes que abre la novela: “Lo original es lo impuro, lo mixto. Como nosotros, como yo, como México”.

Aunque las vinculaciones con la novela decimonónica, con las crónicas o con el género de las *memoirs* son evidentes, *Un siglo tras de mí* hunde sus raíces en las novelas de tema de saga familiar, género que ha pervivido a lo largo del tiempo hasta nuestros días y que la entronca de forma directa con muchas de las grandes novelas de la literatura contemporánea, desde *Les Rougon-Macquart* de Émile Zola, *Genios años de soledad* de Gabriel García Márquez y *The Buddenbrook* de Thomas Mann, hasta obras mucho más recientes como *Retrato en sepia* de Isabel Allende, por citar sólo algunas.

Eloy Urroz se sirve de un brillante uso del lenguaje, directo, cuidado, limpio de barroquismos y de las complejas estructuras novelísticas a las que nos tenía acostumbrados y de las que ya había hecho gala en otras novelas, como *Las rémoras* y *Las almas abatidas*. La prosa es elaborada, armoniosa; los periodos largos se sustentan en oraciones subordinadas atentas a los matices expresivos, siempre hilvanadas por un léxico tan rico como culto, preciso, estudiado —sobre todo con lo que tiene que ver con la cultura y las tradiciones judías, algo que produce un efecto excelente. Las acotaciones históricas engarzadas con la trama de la novela, aunque necesarias para el desarrollo argumental, pueden ser en ocasiones demasiado largas,



Desayuno en la hierba